

Señor.....! en el convento de S. Francisco de Mé-
xico. A los 70 años de su edad.

Poco antes de morir habia dicho: "Yo deseaba
morir, acabar mi vida en un monte, entre los
brutos, entre las fieras, y no en este santo lugar;
pero hágase en mí la voluntad del Señor. Mi co-
razon está dispuesto.



CAPITULO IV

EN QUE SE TRATA DE LAS RELEVANTES
VIRTUDES DEL V. P. MARGIL, DECLARADAS ULTI-
MAMENTE HEROICAS POR LA SANTIDAD DEL SR. GRE-
GORIO XVI. REFIERENSE TAMBIEN ALGUNOS
PRODIGIOS CON QUE EL SEÑOR HONRO
A SU GRAN SIERVO.

ORDINALMENTE, la fé es la primera de las
virtudes. Ella es una luz que descende de
Dios, para iluminar nuestras almas. Es una gra-
cia con que la bondad divina nos enriquece; y es-
ta gracia como todas las demas, se aumenta á
proporcion que se corresponde á ella.

El V. P. Margil supo corresponder con mucha
perfección á la gracia de la fé, y esta apareció en
su alma con una viveza é intensidad superior á
la fé comun.

No contento con poseer esa divina precea, pro-
curaba participar de ella á las almas envueltas
en las tinieblas del error.

El V. P. era un feroz lince que aparecía en el mar del mundo para guiar á muchas almas.

Era un sol radiante destinado para brillar en los sombríos desiertos en que estaban sentadas, en las sombras de la muerte, generaciones mil.

La fé de este admirable apóstol arrancó de base el error, para arrojarlo en un mar profundo de cuyo fondo no volvería á salir.

No fué menos su esperanza que su fé. Firme como el apóstol de Manesa, trabajaba por la salud de las almas, con suma confianza de la superabundante retribucion que el Señor promete á sus obreros.

En todas sus empresas evangélicas, en todo lo que pertenecía al alma y al cuerpo, siempre esperaba todo del Señor.

¿Y qué diremos de su caridad? ¡Ah! el V. P. Margil era un Etna, un Vesubio, un Popocatepetl; un volcan inextinguible de caridad, de amor de Dios y del prójimo.

Esa caridad lo arrancó del seno de su familia para llevarlo al fondo del claustro: esa caridad lo arrebató de su patria y lo hizo volar á los desiertos de América, en busca de la salvacion de sus hermanos: esa caridad lo impelia á salir del dulce retiro del monasterio y de las delicias de la vida contemplativa, para emprender la labo-

riosa y difícil de la conversion de los pecadores é infieles, y hacer brillar la gloria del Señor desde las plazas de las ciudades populosas, hasta el fondo de las barrancas mas ignoradas, fragosas é intransitables, y hasta la cima de inaccesibles montañas.

La caridad es en la dignidad, y en cuanto á lo necesario, útil y fructuoso, la primera virtud; y tanto, que sin ella nada valen las demás.

Esta virtud era el móvil de los pensamientos, de las palabras y de las obras del inmortal P. Margil de Jesus.

Los incendios de esa caridad fueron acaso los que lo hicieron aparecer muchas veces bañado de vivísimos destellos, los que indicaban que estaba entregado á las delicias de la contemplacion y de la oracion ardiente que dirigía á Dios.

La devocion es un resultado necesario de la caridad, y puede decirse que se identifica con ella. Siendo tan grande la caridad del V. P. ya se deja ver, que grande, muy grande fué en él la virtud de la devocion.

Ardia constantemente en el amor de Jesucristo y de su Santísima Madre, con una devocion fervorosa, que habria admirado á los mas grandes santos.

Desde niño gustó las suavidades celestiales del

Sacramento que es el dulce maná de las almas santas.

Esa devoción creció asombrosamente, y por ella mereció ver muchas veces á Nuestro Divino Salvador, que se le presentaba visiblemente, sin las sagradas sombras del Sacramento.

El R. P. Fr. Francisco de S. Esteban Andrade, citado por el P. Vilaplana, dijo en su sermón de los funerales que se celebraron en Guatemala, que el V. P. Margil, tuvo muchas veces la felicidad de gozar visiblemente de la presencia del Señor, que en forma de tierno niño venía á él, como en otros tiempos á los brazos de Gertrudis, de Antonio de Padua y de otros grandes santos á quienes se les concedió tan grande y envidiable favor. Esto mismo aseguró también la muy respetable Madre Abadesa Sor Micaela de la Concepción, fundadora del convento de Sta. Clara de Guatemala.

La devoción fervorosa y tierno amor que nuestro gran Misionero tuvo á la Santísima Virgen, solo puede comprenderlo el Señor, que dotó á esa alma privilegiada, con tan grande é inestimable don.

Amó á la Reina de los cielos, con todas las potencias de su bendita alma, con todos los afectos de su puro y bendito corazón.

La Santísima Virgen era, después de Dios, toda su delicia, toda su esperanza, todo su consuelo, todo su amor!

Glorioso Padre Margil de Jesús: ¡quién te imitará! Dá una limosna de ese tesoro, por amor de Dios, al que te ama con ternura y escribe estos pequeños rasgos de tu vida. Dale una limosna, por Jesús y María.

La Santísima Virgen que es un mar de amor; que ama á los que la aman, y que tiene sus delicias en estar con sus devotos, correspondía con mil ternuras el amor del Venerable Padre.

A la respetabilísima Señora Doña Ana Guerra, muy favorecida del Señor, se le apareció la Santísima Virgen llevando al V. P. Margil en forma de niño de nueve á diez años, y diciendo que desde aquella edad su hijo Antonio le había servido y amado con ternura, y por este amor había conservado un invariable candor y pureza de su alma; mediante la enseñanza que la misma Santísima Señora le dispensó.

No hay que dudar que las visitas de la linda y preciosísima Virgen, fueron frecuentemente hechas á su gran siervo, y sus conversaciones muy cariñosas. Así lo sabe hacer la que es encanto de los cielos, con las almas que le dan su amor.

La prudencia del V. P. fué asombrosa, descon-

fiaba siempre de su propio juicio y consultaba el ageno, meditaba todas las cosas con madurez y circunspeccion; y sobre todo, recurria á Dios por medio de la oracion, así en los negocios propios como en las consultas que se le dirijian por otras personas.

La virtud de la justicia resplandeció mucho en el Venerable misionero, trabajaba por la causa de Dios, dando á Dios lo que era de Dios, al Cesar lo que era del Cesar y al prójimo lo que le pertenecía.

Su fortaleza lo hacia un héroe cristiano, un atleta del Evangelio, un varon forúsimo. Esa virtud lo llevaba animoso á las tareas mas árduas del santo ministerio, á los desiertos espantosos y á los peligros inminentes de morir entre las tribus salvajes.

Su templanza era edificante, vivia siempre abrazado de la mortificacion, de la pobreza y de una sobriedad asombrosa.

Su humildad fué tanta, que acostumbraba firmar sus cartas con esta frase: *la misma nada*, Fr. Antonio Margil de Jesus (1).

Referiremos algunos casos en que resplandeció su obediencia, y humildad.

Predicando en una iglesia del Obispado de Ni-

(1) Tengo la dicha de poseer una carta original del V. P.

caragua, una persona caracterizada le interrumpió su discurso y lo llenó de desprecios. El V. P. se bajó del púlpito y fué á besar la mano, con sumo respeto y humildad, al que en público lo habia avergonzado y ofendido.

En cierta vez que entraba en una poblacion, fué recibido con multitud de aplausos; pero el cura se opuso á esas demostraciones de alegría y de veneracion, y dijo al concurso: «¿Acaso habeis salido á encontrar á este padre, por que creeis que es santo? Los santos son Sto. Domingo, S. Francisco, este es un hipócrita que engaña al mundo. El humildísimo Fr. Antonio oyó con calma ese desprecio sin darse por entendido y sin faltar á las consideraciones que le debia al párroco.

En otra vez que conversaba con un amigo secular, este le pidió un polvo; y el V. P. con suma humildad y gracia, inclinando la cabeza, le dijo: *todo yo soy polvo, tome vd.*

En la virtud de la paciencia fué asombroso. El P. Vilaplana asienta que jamás se impacientó con persona alguna, ni le pusieron triste los mas insuperables trabajos, ni se contristó por inopinadas contingencias, ni se escandalizó por el mal proceder del prójimo, ni mostró ademan de flaqueza.

Estando una vez en la ciudad de Guadalajara

empeñado en apaciguar algunas discensiones, fué á visitarlo un personaje muy notable, diciéndole que estaba escandalizado de aquellas públicas perturbaciones de la paz. El bendito Padre le respondió con suma calma: no pierda vd. la paciencia, ni la paz del corazón, y verá como no se escandaliza. Acuérdesese de lo que dice David: *Pax multa diligentibus legem tuam, et non est illis scandalum.*

Se gloriaba, como el Apóstol, en toda suerte de tribulaciones

Fué muy amante de la mortificación y ejercicios corporales de penitencia, como otro Pedro de Alcántara, y esa austeridad era tanto mas admirable en cuanto iba unido al trabajo continuo del confesonario y del púlpito.

Sus disciplinas eran frecuentes, y frecuente el uso de cilicios y alambres ó cuerdas.

Su vida era un continuo ayuno, y muchas veces, principalmente cuando misionaba, sus alimentos, eran yerbas silvestres ó raíces amargas.

Pueden numerarse entre sus penitencias, sus largas y penosísimas expediciones, pues viajaba á pié muchos centenares de leguas, sin vagaje, sin bastimento, expuesto á las intemperies, al desabrigo y á toda clase de privaciones, abnegaciones y penalidades inauditas.

¡Cuántas veces, dice el P. Vilaplana, le cogió la noche en vastas soledades al arrimo de los peñascos ó de los tortuosos troncos de los árboles, hecho víctima generosa de sufrimientos y gloriosa emulacion de los Macarios, Zócimos, Onofres y otros de los mas famosos héroes que habitaron los desiertos de Egipto y la Palestina!

Algunos muy respetables padres de la compañía de Jesus, que conocieron á Fr. Antonio, solían decir: el P. Margil ha andado desde México hasta Guatemala á pié, y con esto basta para tenerlo por santo.

Con lo expuesto hasta aquí se deja ver cuál sería la exactitud con que este modelo de religiosos observaría la admirable regla de su orden.

La vida de los hijos del Serafin de Asis debe ser una continua imitacion de aquel Señor que se dignó estampar las insignias de la Redencion en el Santo Fundador de los Menores. Fr. Antonio Margil fué un digno hijo del Santo Patriarca, un imitador fiel de Jesucristo; de suerte que podia decir: no soy quien vivo, es Jesucristo quien vive en mí.

Los votos, que son la esencia del religioso, fueron observados por el V. Varon con admirable exactitud: su pobreza fué suma, esto es, no solo aquel desprendimiento que forma á los pobres de espíritu; sino el despego y renuncia total de la

posesion material de la mas leve cosa. En el largo tiempo de catorce años que en compañía de su inmortal compañero Fr. Melchor, trabajó en la mision de las ásperas montañas, eriales y bosques de Guatemala, no tuvo sino el uso del pobre sayal, un miserable pañuelo de tosca lana, un despreciable baston, un crucifijo y su breviarío.

Cuando vivia en los monasterios, siempre admiró por su pobreza absoluta.

Esta pobreza llamó la atencion, no solo de sus dichosos hermanos, sino aun de algunos altos personajes. El Illmo Sr. Dr. Fr. Nicolás Delgado, Obispo de Nicaragua y Costa Rica, quedó tan edificado al ver el roto y despreciable hábito del V. P. que hizo propósito de mantenerse toda la vida con el hábito con que habia recibido la consagracion. El Illmo. Sr. Obispo de Comayagua y Honduras, al observar la pobreza de los alimentos de Fr. Antonio, no quiso otras viandas que frijoles y tortilla; y esto sentado en el suelo. El Sr. Lic. D. Francisco Valenzuela, persona muy notable, quedó lleno de asombro al observar que el bendito Padre, cuando entraba á los desiertos de Nicaragua, no quiso llevar ni un alfiler para sacarse las niguas, que son unos insectos muy dañinos que al picar se quedan en el cutis y causan inmenso daño.

La obediencia de este Varon ejemplar imitaba mucho á la del Seráfico Padre San Francisco; ó mas bien dicho á la del Divino Maestro de los hombres, que humillándose á sí mismo se hizo obediente hasta la muerte.

Cuando se veía constituido Prelado de algun Colegio, procuraba ingeniosamente buscar superior á quien rendir obediencia, y así hacia consultas, proponia dudas y buscaba de mil modos ocasion de practicar la obediencia respetando el juicio y voluntad de otros.

Cuando hacia su última entrada apostólica hácia la Talamanca le llegó la órden de que se volviese para el colegio de Guadalupe, y al instante de recibirla, retrocedió sin haber dado un paso adelante; luego que resonó en sus oídos la voz de la obediencia.

Veía á los superiores como los representantes de Dios, y los obedecia con una santa ansiedad y prontitud.

Estaba profundamente resignado en la voluntad divina. Referiremos una prueba asombrosa que dió de esta santa conformidad: los religiosos del colegio de Cristo crucificado de Guatemala, le escribieron en cierta ocasion, manifestando grandes deseos de que fuera á visitarlos; y les contestó diciéndoles: digo en presencia de Dios, que mi corazon no está puesto, ni en la Nueva-

España, ni en Guatemala, ni, á mi parecer, en criatura alguna; sino solo en su Majestad, á quien ruego me tenga donde fuere su Santísima voluntad; pues hasta ahora por su gracia y misericordia, así ha sido. Cuando me quiso en Querétaro, me tuvo en Querétaro, cuando me envió la primera vez á Guatemala; me tuvo catorce años en compañía del V. P. Fr. Melchor. Otra vez me volvió á Querétaro, y otra vez de Querétaro á Guatemala, y de Guatemala á este colegio de Zacatecas. Aquí haré lo que quiere, pues no deseo otra cosa, sino hacer su Santísima voluntad.

Su pureza fué de un Gonzaga.

A un religioso que admiraba esa bella virtud del V. P. le dijo este: no se espante V. R. ese es un privilegio que el Señor me ha concedido, porque desde la edad de siete años estoy en brazos de Cristo Crucificado.

¿Pero qué virtud no resplandeció en este justo? Todas brillaron en su alma inocente, y brillaron como las hermosas estrellas en la bóveda celeste.

Y sobre tantas virtudes, el Señor se dignó concederle muchos dones sobrenaturales; tales, como una ciencia profunda, una sabiduría sublime, un entendimiento ilustrado por las luces del Divino Espíritu, el don de Consejo, el de fortaleza

etc., etc., ¡Un volúmen en folio seria necesario para detallar esas sublimes gracias celestiales con que fué enriquecido ese gran siervo del Señor!

Mas de tan grandes virtudes, de tantos dones y tan eminente santidad, nos darán la mejor idea algunos sucesos milagrosos con que el Señor quiso honrar á este su amado siervo.

En la ciudad de Guatemala se enfermó gravemente una persona notable, y faltándole el habla para confesarse en aquel inminente peligro de morir, otra persona dijo al V. P.: ¿Es posible, Padre mio, que este hombre muera sin confesarse? El V. P. Margil respondió lleno de fé: no, Señor, Dios le volverá el habla. En efecto, fué así, el enfermo pudo hablar para recibir el sacramento de la Penitencia, y luego volvió á perder el uso de la voz.

En la misma ciudad de Guatemala, habiendo muerto una niña, lloraban sin consuelo sus padres ante el frio cadáver de su hija. Llegó el V. P. Margil, y á imitacion del Salvador, cuando resucitó á la hija de Jairo, dijo á los afligidos esposos: no tengais cuidado, la niña descansa. Luego se puso á rezar el rosario con todas las personas que habia presentes, y al concluir entonó una devota cancion, la cual concluida, el V. P. se dirigió al lugar en que estaba el cadáver, y le dijo:

Ea, María, ya basta. ven de donde estás, Mas el cadáver permanecía inmóvil. Ea, María, repitió el Santo Padre, ven de allá para acá. La niña permanecía muerta. Mas llamándola el siervo de Dios, por tercera vez, se levantó viva con inexplicable asombro de los circunstantes.

Pasando el V. P. por una hacienda de la ciudad-Real, en cuyo obispado era muy conocida su fama de santidad, ciertos labriegos quisieron mofarse de él, y al efecto hicieron que uno de ellos se fingiera enfermo, se recostase en una gran piel y se cubriera con una manta. Al llegar el V. P. le dijeron que se dignara confesar á aquel enfermo. Ya está muerto—respondió el Santo misionero, y prosiguió su camino. Aquellos hombres no creyendo al V. P. le hablaron al fingido enfermo para que se levantara, y lo hallaron muerto.

Vivia en Zacatecas una Señora viuda, con tres hijas doncellas, y una casada con un escribano público, que era quien mantenía á toda la familia. Ausentose este, por exigirle así graves negocios; y habiendo pasado un año sin que regresara, la señora y las hijas estaban afligidas, y mas cuando se les aseguró que el escribano había muerto. En tan grande aflicción, se presentó en la casa del V. P. y con suma júbilidad dijo

á la familia: Vamos, locas, consuélense, mañana llega el ausente. Dénle gracias á Dios.—En efecto fué así, al dia siguiente llegó el escribano, como lo habia predicho el V. P. Margil.

Mas sería largo referir los prodigios que Dios obró en favor de este su siervo. Solo diremos en compendio, que fué dotado con el don de milagros, con el de profecía, con el don de dar salud á los enfermos, de resucitar á los muertos, con el de discrecion para dirigir á las almas; en suma, quizá no hubo gracia de las que los teólogos llaman *gratis datas*, que no fuera concedida á nuestro V. P. Margil de Jesus.

Queremos concluir nuestros rasgos biográficos, con una oda, que en honra del gran misionero, compuso el Sr. Lic. D. José M^a Moreno, y se imprimió hace algun tiempo, en Querétaro. Esa sublime composicion es un compendio, á mas de un elogio, de la vida del V. P.

La descripcion que hace dicho Sr. Lic. en su composicion, de la brillante ascension á los cielos, del V. P. no es una cosa imaginaria, sino que de hecho la vió así una alma santa, en un éxtasis celestial, al tiempo de morir el inmortal P. Fr. Antonio. Hé aquí la elevada epopeya.

A dónde voy? ¿qué génio me arrebató
Y me hace atravesar fúlgida nube?